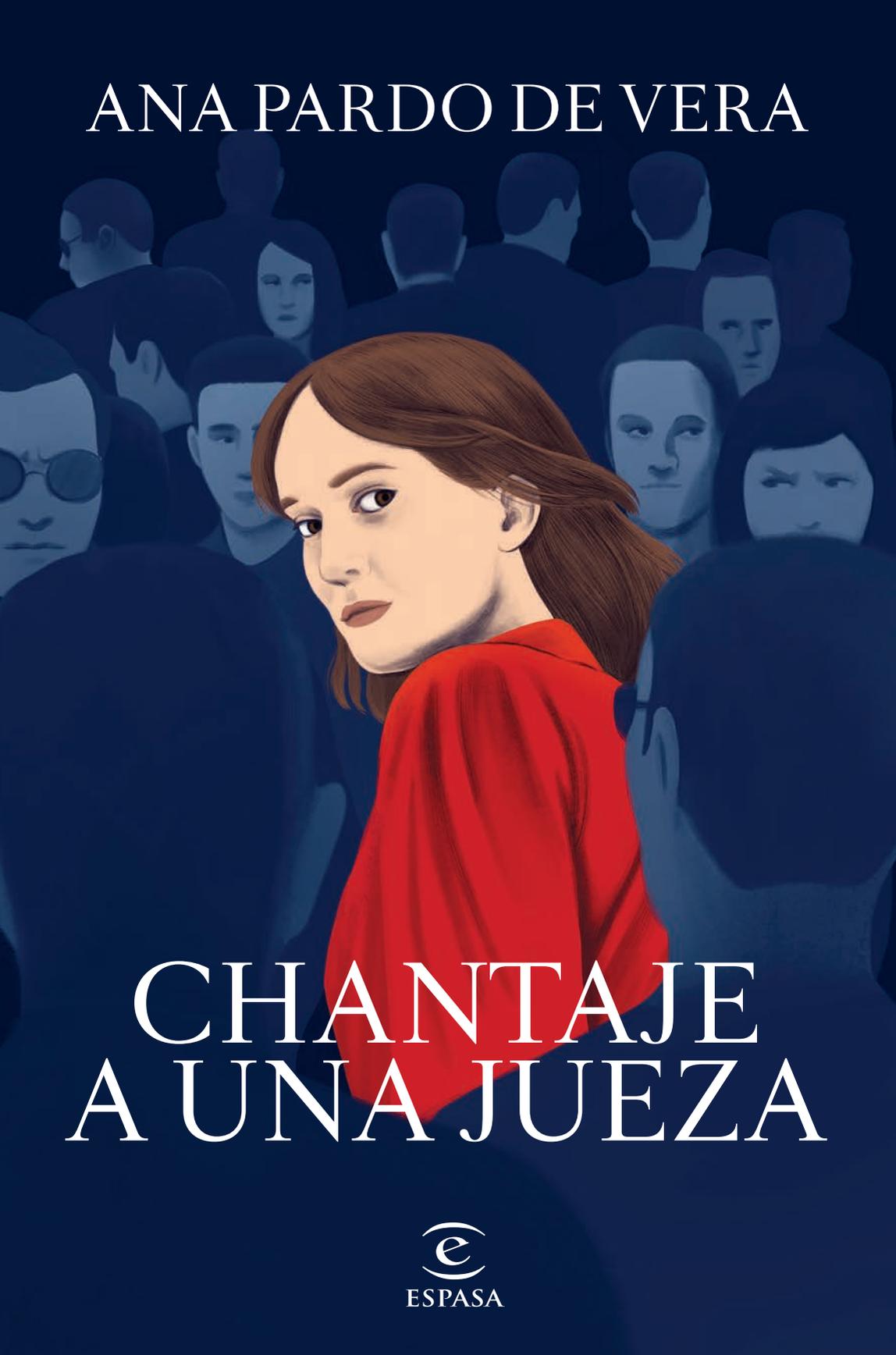


ANA PARDO DE VERA



CHANTAJE
A UNA JUEZA


ESPASA

ANA PARDO DE VERA
CHANTAJE A UNA JUEZA



© Ana Pardo de Vera, 2022
© Editorial Planeta, S.A., 2022
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2022

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 13.083-2022
ISBN: 978-84-670-6666-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

PARTE I

ENTERRAR A LA JUEZA

1

Las luces azules del coche de la Guardia Civil son la única iluminación frente a la casa de Amalia junto a algunas linternas en manos de un grupo de vecinos curiosos. Acompañados algunos por sus perros, hombres y mujeres se arremolinan en torno a Mercedes, la vecina que encontró el cuerpo de «la jueza de Lugo», como la conocen en el pueblo. Mercedes llora sin consuelo abrazada al perro de Amalia, Rinoceronte, que responde con sus aullidos. Los vecinos no saben cómo aliviar tanta congoja: le dan pañuelos y golpecitos suaves en la espalda a ella y en la cabeza al perro.

El comandante y un agente de la Guardia Civil del puesto de Navia de Suarna permanecen en el interior de la vivienda, situada en el núcleo del municipio lucense. Aguardan a que llegue el juez de guardia para el levantamiento del cadáver.

—No parece que haya mucho que investigar, señor. Un suicidio de libro: en su cama, con pastillas a

puñados y dos botellas de vino ahí tiradas del men-
cía que le gustaba, aunque este es del barato, no del
que tomaba en O Burato de Flor, que lo tenía solo
para ella... Sufrir no habrá sufrido, con la cogorza te
duermes y ahí queda todo...

—Por favor, Manolo, que está el cuerpo de la juez
presente...

—¿Miento, *logo*? Es para facilitar las cosas, co-
mandante. Y es *jueza*, que lo dice mi mujer, ya sabe
que Ana es una feminista militante y...

—El forense se encargará de los detalles, salgamos.

Cosme no aguanta más la verborrea de Manolo,
su segundo, y le interrumpe para cruzar la entrada.
Necesita tomar aire. El cabo es un agente intuitivo y
ágil, que mezcla la técnica de la observación con teo-
rías propias que saca de aquí y de allá, pero sobre
todo con su curiosidad por cada cosa que hacen los
vecinos de Navia. Un cotilla, vamos, que aunque en
ocasiones resulta útil, a veces se pasa de frenada.
«Mira que *investigar* el mencía que tomaba Ama-
lia...». Cosme se sonroja solo de pensar que ella se
hubiera dado cuenta.

El comandante del cuartel de Navia de Suarna es
de lo más correcto y profesional que ha parido la
Guardia Civil, un auténtico servidor público. Lleva
quince años en Navia y se conoce el municipio como
su casa, pero también la provincia de Lugo, aunque
él nació en Noia, en A Coruña, y aquello no tiene
nada que ver con la montaña lucense, fronteriza con

Asturias y León y al pie de Os Ancares. Cosme siempre dice a los que llegan de nuevas al pueblo que quien resiste el clima de Navia y alrededores tiene la vida resuelta porque no hay embate que supere el frío y la dureza de la soledad de los navegos: «Si aguantas esto, puedes irte adonde quieras; si es que ya alguna vez quieres irte...».

Las primeras palabras que le dirigió a Amalia fueron también estas. Cuando la conoció, la jueza, que se había enfrentado a todo el poder judicial, gallego y nacional, y había sido expulsada de la carrera, acababa de llegar a Navia de Suarna con dos maletas y muchos papeles y archivos que bajó ella misma de la furgoneta de la mudanza con sumo cuidado. Cosme acudió a darle la bienvenida, había seguido su trayectoria en los medios de comunicación y tenía curiosidad por conocer a la mujer que había plantado cara a las puñetas —tan puñeteras, que se lo dijeran a él— más importantes del país para destapar una macrocausa de corrupción que, al final, se la llevó por delante y acabó apenas con un par de procesamientos menores.

Le sorprendió Amalia por su estatura pequeña y su cuerpo flaco, una melena descuidada y unas manos huesudas e inquietas. Eran los ojos castaños, grandes y expresivos, los que concentraban toda la fuerza de la mujer. «Cualquiera diría que volvió loca a media judicatura y política de este país...», pensó Cosme justo antes de extenderle la mano.

—Buenos días, señora. Soy el comandante jefe del puesto de la Guardia Civil de Navia de Suarna, puede llamarme Cosme. Vengo a saludarla y a decirle que aquí nos tiene para lo que necesite

—Hola, comandante. —La voz grave y contundente de Amalia le sobresaltó—. Supongo que ya sabe quién soy; si no, no habría venido. Entre conmigo a llevar estos archivos y podré darle una mano limpia en condiciones. También puedo invitarle a un vino, que es la hora del aperitivo.

—Estoy de servicio, no bebo.

—Sí, eso ya me lo conozco yo. Entre y brindemos por mi nuevo destino y mi nueva actividad de abogada. Seguro que podremos ayudarnos mutuamente.

2

Apoyado en un árbol, Julio observa al comandante parado a la entrada de la casa de Amalia bajo una luz amarilla que se acopla a él como una mortaja. Desde su posición dispone de una buena panorámica de coches, vecinos, perros y casa. Cuando le llamaron a su despacho de Lugo para avisarle de que habían encontrado muerta a Amalia, no podía ni quería creerlo. Es verdad que el caso Lego, en el que el abogado hizo piña con la jueza para intentar des-
tapar un entramado de corrupción compacto y po-

deroso en Galicia, con ramificaciones por toda España, acabó mal; y no solo para ella, expulsada de su carrera, sino para su relación de amistad, tan estrecha, tan intensa, que le obligó a romper con Amalia según se hicieron públicos los archivos de la mayor parte de las piezas de la causa y se retiraron las imputaciones de muchos de los investigados por sus actuaciones presuntamente corruptas. «No puedo más», le dijo Julio a su amiga cuando lo llamó después de enterarse del último fracaso de la macrocausa.

—¿Te has enterado, Julio? ¡Solo procesarán a Jesús, el socio del Sapo, y a Tiño, su amigo y correveidile! Tenemos que hacer algo...

—No, no haremos nada, Amalia. Al menos, yo no haré nada, tú haz lo que quieras, pero, francamente, y te lo digo como amigo o lo que queda de él, deberías soltar lastre: esta es una causa imposible, la han echado por tierra entera; miles y miles de páginas de investigación, miles y miles de euros de dinero público... Dicen que no has podido probar nada, que todo son meras suposiciones, elucubraciones fruto de un relato que te has construido en la cabeza... Te reprochan haber destrozado la vida de mucha gente, imputando sin ton ni son e intentándolo con aforados, pero te lo han tumbado todo...

—¡Qué dices, Julio! Sabes que no es verdad, tú has trabajado conmigo todo este tiempo, conoces perfectamente lo que les han hecho a esas chicas,

esos empresarios, ese alcalde... esos corruptos. Se llevan el dinero a manos llenas con total impunidad.

—¿Y si todo estaba en tu cabeza y en la mía? ¿Y si tienen razón y hemos actuado con precipitación?

—¡Te olvidas de las pruebas que tenemos! Las conversaciones grabadas por Aduanas, las fotos, los testimonios de testigos... ¡Estás comprando sus argumentos, los mismos que usaron para tratar de frenarnos desde el principio! Sabes perfectamente que esto viene de arriba, Julio, tú me lo dijiste...

—Yo ya no sé lo que te dije, ahora solo sé que necesito tiempo, pensar y olvidarme de esto. He perdido años de mi vida y mi carrera para nada, volcado en una causa imposible...

—Julio, por favor, vamos a tomar un vino y recapitemos; tenemos que revisar todo y ver qué podemos hacer.

—¡Ni vino ni hostias, Amalia! Se acabó.

Apoyado en el castaño que chorrea humedad, Julio aprieta los puños con fuerza en los bolsillos del abrigo. Avanza hacia la casa, en la que nunca había visitado a Amalia durante el año que hacía que vivía allí, trabajando de abogada, como él. Una casa pequeña, de piedra roja, en primera línea, junto a la Ponte Vella y el río que pasa por debajo. Pobra de Navia, el núcleo del municipio, es un lugar tranquilo pintado de verde y agua, que brota del suelo y cae del cielo, perfecto para visitarlo o retirarse, pero no para una mente inquieta como Amalia. La jueza es-

trella de Lugo, que nunca dio entrevistas a los medios de comunicación, pero que estaba en boca de todos ellos por su valentía al empezar a investigar a media clase política gallega, había acabado en un pueblo de la montaña de abogada autónoma, repudiada por esos mismos medios y esa clase política, además de por otros jueces. Amalia ejercía su oficio en peores condiciones que él, que compartía un despacho con otros dos compañeros de gran prestigio en el centro de la ciudad amurallada.

3

Cosme redacta un informe cuando Julio golpea con los nudillos la puerta de su despacho del puesto, siempre abierta salvo cuando tiene que llamar la atención a Manolo por meter demasiado las narices en las casas y la vida de algún vecino. «Jefe, ya sabe que lo hago por ir avanzando, a mí no me interesa nada la vida privada de nadie» es su excusa habitual. El comandante cree que su agente no tiene remedio: es un fisgón nato, sin mala intención, pero con una imprudencia peligrosa. Un día van a tener un disgusto serio.

Julio ha decidido dirigirse a las instalaciones de la Guardia Civil en vez de quedarse fuera de la casa de Amalia; el juez de guardia ya había llegado y él no resolvía nada estando allí. Haría mejor en visitar a Cosme, a ver qué le contaba.

—¿Comandante? Soy Julio, abogado. Soy... Era amigo de Amalia —Cosme, de pie, deja unos papeles y lo mira por encima de sus gafas finas de metal; lo que le falta de pelo en el cráneo lo suple con unas cejas y un bigote grises y espesos, intimidantes, pero que compensan la inferior autoridad de su figura rechoncha y atrapada en el uniforme verde

—Sé quién es, Julio, Amalia hablaba mucho de usted. Supongo que viene buscando información, pero poco puedo decirle: se trata de un suicidio, con alprazolam y botella y media de vino. En su habitación, sola. No había nadie más en la casa. Su vecina Mercedes se había quedado hoy con Rinoceronte, el perro, porque Amalia le dijo que tenía trabajo fuera y no podía llevarlo. Cuando la vecina fue a devolver el animal a su dueña —tenía llaves de la casa—, se encontró el panorama. Pobre mujer, entre sus llantos y los aullidos del can se enteraron todos los vecinos; allí estaban haciendo guardia frente a la casa de Amalia. Era una mujer especial, ¿sabe? Tenía sus cosas, pero a los vecinos les fascinaba su hiperactividad constante en ese mundo suyo que usted tan bien conoce. Siempre dispuesta a echar una mano. Aquí olvidamos pronto la polémica que generó su fracaso en la causa Lego.

—Sí, lo imagino. Amalia siempre tuvo la virtud, o no, de dar con historias algo oscuras, por no decir otra cosa; supongo que los tendría entretenidos. ¿No hay duda de que se trata de un suicidio? Coin-

cidirá conmigo, comandante, en que la jueza no daba el perfil.

—Ahí no me meto, amigo. El suicidio de Amalia es de libro, clarísimo, y la experiencia nos dice que los suicidas no avisan, sobre todo cuando son personas que viven solas y de lo que llevan dentro se enteran nada más que ellas. Puede estar doliéndoles la vida hasta el último hueso y tener unas relaciones sociales aparentemente normales. Amalia se suicidó, fin de la historia.

Julio se da cuenta de que Cosme, cuyo enfado e impotencia se detecta a leguas pese a su corrección uniformada, no va a abrir el melón de un posible asesinato cuando las pruebas son tan concluyentes, pero él no puede creérselo. De Amalia, no. «¿Y tú qué *carallo* vas a saber si hace un año que no te veías con ella, gañán?», se reprocha en silencio el abogado con la conciencia en carne viva. Con todo, le pide a Cosme el favor de que lo deje entrar en la casa de su amiga cuando acaben de revisarla y antes de que la dueña la limpie para ponerla otra vez en alquiler. Julio quiere echar un vistazo a aquello en lo que estaba trabajando ella en ese momento: durante su última conversación, la jueza había hablado de seguir con la causa Lego para tratar de subsanar los posibles errores que llevaron al archivo de la mayor parte de las piezas, muchas, muchas piezas... Aquella es *la* causa interminable, una causa maldita.

El comandante no pone inconveniente a que Julio revise la documentación, tanto la impresa como los archivos del ordenador o incluso el móvil, pero el exmarido de la jueza y la hija de ambos están de camino desde Llanes, donde viven: «Seguramente quiera revisarlos Tucho primero, ya sabe, las fotos personales, etcétera. Borrar o guardar lo que considere y listo; sobre la documentación que le interesa a usted, los temas de trabajo, me consta que a él no le importan lo más mínimo; de hecho, los detesta».

Efectivamente, como dice Cosme, Antonio, Tucho para todos, el hombre reposado, de pantalones de pana, manos en los bolsillos y mirada dulce tras las gafas de pasta, había generado una fobia absoluta a la carrera de su mujer durante el periodo de instrucción de la causa Lego. Tanto Amalia como Tucho y Esther, su hija, soportaron durante dos años amenazas anónimas muy duras, pintadas insultantes en la puerta de su casa de Lugo, llamadas intempestivas durante la noche para advertir a la jueza de que dejara el caso y varios sustos con la niña en el colegio. Amalia y Tucho acabaron separándose hacía dos años, uno antes de que la jueza fuera expulsada de la carrera y acabara, ahora literalmente, en Navia de Suarna. El exmarido y Esther vivían en Llanes, Tucho había perdido el trabajo en una empresa maderera de Lugo, amigos y conocidos le negaban el saludo por el trabajo de su mujer y decidió mudarse a Asturias, donde era relativamente feliz,

aun con las cicatrices y el dolor de todo lo que había sufrido con Amalia y por ella. Era un buen hombre y su relación con la jueza lo había machacado, tardaría en recuperarse. Esther, de nueve años, había decidido irse a vivir con su padre, que era quien la había criado en realidad; la madre no paraba en casa, aunque la niña la quería muchísimo. La veía más como una amiga que como una madre. Su padre era madre y padre y Amalia, su mejor amiga. Los tres habían vivido en Lugo con Rinoceronte, un *can do palleiro*, pequeño y rápido como una anguila, que acompañaba a Amalia a todas partes. El perrete se había quedado con ella cuando Tucho y Esther se marcharon al territorio vecino.

4

Julio sale del puesto y coge el coche para volver a Lugo; tiene hora y media de camino, pero no le importa. Solo la idea de meterse en casa esa noche le asfixia; la angustia lo carcome por dentro. ¿Qué pasaba por la cabeza de Amalia para tomar la medida más drástica que puede tomar un ser humano? ¿En qué *carallo* andaba metida? Si la causa Lego no había podido con ella en Lugo, cuando pasaron las de Caín, ¿qué es lo que le ha hecho matarse un año después, ahora? Tiene que hablar con Xeno mañana mismo: si alguien sabe qué se traía Amalia entre

manos es este guardia civil de Lugo, el guardián fiel de la jueza, su incondicional amigo.

Eugenio, Xeno, conoció a Amalia cuando esta llegó al juzgado de instrucción de Lugo y empezaron a coincidir en diferentes episodios relacionados con el trabajo de ambos. Xeno admiraba a la jueza tanto como ella a él, por lo que de colaborar puntualmente cuando la casualidad lo requería, pasaron a aliarse en una ayuda mutua constante. También en la causa Lego, con la que Xeno llevó su implicación a máximos y, por tanto, también su frustración cuando esta fracasó. Entonces anduvo tres días borracho por los bares de Lugo, despotricando contra los jueces —que no eran Amalia—, sus compañeros de la Benemérita, contra la Policía Nacional, los políticos y lameculos del poder y hasta contra todos los hombres que se van de putas, que él sabía que eran muchos, decía. Al final, agotado y llorando como un niño llamó a Julio en la tercera noche de su deambular etílico y le dijo que se iba de Lugo, que no aguantaba más esa ciudad de corruptos, proxenetas y puteros. «A ver, Xeno, tranquilízate, lo primero y vete a dormir la mona. Vente para casa, te abro la cama de invitados y mañana hablamos con calma. ¿Quieres que vaya a buscarte?», le dijo Julio. El guardia civil, sorbiendo los mocos con gran ruido, rumió unas palabras y Julio dedujo que sí, que tendría que ir a buscarlo. Eran las dos de la mañana.

La noche en el centro de Lugo estaba poco concurrida entre semana. Julio pensó que seguro que el bar donde se encontraba Xeno seguía abierto por no echarlo a la calle. Paco el de As Fontes era buena gente y sabía que el guardia civil, de natural responsable y trabajador, poco amigo de la juerga, debía de estar muy mal para llevar encima esa cogorza acumulada de días, apestando a vino y a Dyc, sucio y desaliñado y, sobre todo, vertiendo lágrimas como si fuera el río Miño. Julio lo encontró derrumbado en la barra del bar, con Paco tratando de darle un café y él venga a pedir su copa de whisky nacional «*para morir xa mesmo*». La imagen era dañina para el alma, así que el abogado abrazó a su amigo, pagó la cuenta con una buena propina para Paco y sacó a Xeno de allí medio a rastras mientras seguía llorando en una bacanal de lágrimas, mocos y aliento putrefacto.

Al día siguiente, ya en el sofá del salón de Julio, Xeno siguió llorando bajito durante horas, espoleado por la resaca y la impotencia, además de por 72 horas de borrachera que tardarían en abandonar su cuerpo. En realidad, el eficaz guardia civil nunca dejó de llorar por ese caso «tan evidente» y esa justicia tan injusta. Xeno cumplió su palabra de ebrio y se marchó de Lugo antes incluso de que se archivara la causa, sabiendo que aquello estaba abocado al fracaso. Había perdido a su mujer durante el proceso de instrucción ejecutado por Amalia y en el que

él participó activamente yendo de aquí para allá y mezclándose con la peor calaña para lograr chivatazos de compañeros suyos corrompidos. Clarita no pudo soportarlo y una noche, cuando el guardia civil llegó a casa bien entrada la madrugada, algo tocado después de estar vigilando el puticlub del Sapo, se encontró la casa vacía. Su chica se había llevado hasta la gata que él le regaló —«maldita sea, qué bicho más *rabudo*»—, aunque no es que esto le importase. La gatita de once meses había cogido la fea costumbre de esperarle debajo de los muebles, la cama o el sofá e hincarle los dientes en el tobillo cuando pasaba por delante de ella. Solo a él; con Clarita era dulce y melosa, claro, para que la mujer no creyera nada de lo que su marido le decía sobre la maldad de la gata: «¡É o mesmo demo!», gritaba agarrándose el tobillo arañado por todas partes.

Nada, no le quedaba nada. Así que Xenó pidió el traslado y, antes de que enumerara los destinos a los que le gustaría ir, a ser posible en Galicia, le informaron de que había una plaza por cubrir en Navia de Suarna, al lado de Lugo, pero tan alejada de la pequeña capital como del resto del mundo. Aceptó inmediatamente. Conocía Navia de ir con sus padres cuando visitaban Os Ancares y dormían en el albergue aquel donde estuvo Adolfo Suárez de paso cuando ya lo habían echado de la Presidencia del Gobierno y buscaba el voto para un partido llamado Centro Democrático y Social (CDS), que no le sirvió

de nada al hombre. «Como a mí —pensaba Xeno con una punzada de orgullo—, a Adolfo le traicionaron los suyos». Y se fue a Navia sin decir nada a nadie, como si se lo hubiera tragado la tierra. Solo Amalia se enteró de dónde estaba cuando la causa Lugo se archivó y ella perdió el trabajo: sola y derrotada, la jueza llamó a su fiel guardia civil en busca de alguna explicación racional que aliviara tanto interrogante y terminó convencida de irse también para Navia, aunque no con la misma voluntad que había impulsado a Xeno de romper con todo.

5

Cuando despierta en una cama que no es la suya, Julio tarda en ubicarse. Llegó de Navia a Lugo sobre las once de la noche y se fue a tomar una copa en lo de Paco. Su local, As Fontes, donde había recogido a Xeno hacía un año a punto del coma etílico tras llorar el fracaso judicial, es el lugar donde se reunían ellos dos con Amalia, Rinoceronte, Sandra, la periodista del periódico de mayor tirada de Galicia, *O Pobo*, Tucho y Esther, antes de que a esta le llegara la hora de irse a casa. Paco insistía en darle él la cena a Estherciña, pero Tucho declinaba amablemente la invitación. La niña debía cenar algo más que la tortilla y la empanada marca de la casa, ojo, ambas de categoría superior, pero exclusivas en el sentido úni-

co de la palabra. Además, estaba más que saturado de oír hablar siempre del trabajo de Amalia, de la causa de Amalia, de los corruptos a los que perseguía Amalia, de la Administración de Justicia que lo ponía todo tan complicado... Así que salía de trabajar, recogía a Esther en casa de la cuidadora, se tomaban un vino y un mosto respectivamente en As Fontes, acompañados, claro, de tortilla y empanada, y marchaba con la niña a bañarla, darle la cena y a acostarse ambos. Amalia nunca volvía antes de pasada la medianoche.

Las sábanas moradas le indican a Julio que está en el dormitorio de Marta, su ex. «Mierda», masculla cuando empieza a recordar que la copa de As Fontes le llevó a Farmacia de Guardia a por otras dos y de este pub volvió junto a Paco a llorar su angustia, pero este ya se había retirado, así que entró en el mítico Chuché y se dejó acariciar las lágrimas por Marta, que casualmente estaba de despedida de soltera.

—Buenos días, Julio, ¿cómo va esa cabeza? —Marta entra en el cuarto con una bandeja en la mano. Con la manicura hecha, la preciosa cabeza bien peinada y los labios rojos, rojísimos, a pesar de la ausencia de maquillaje, que detesta, Julio vuelve a la Marta de hace demasiado tiempo, que lo abandonó un día absorto en su trabajo y sin darse él ni cuenta.

—Mal, mal, mal... En todos los sentidos.

—Bueno, si te sirve de algo, no te preocupes por nada relacionado conmigo. Estabas tan borracho y

lloroso que te he cedido mi cama para no echarte directamente en el sofá. Me tuvo que ayudar Emilio a traerte, eras un peso muerto.

—Emilio...

—Sí, Emilio... Aún tendrás algo que decir.

—Nada, que le estoy muy agradecido a tu novio por haber disfrutado como una hiena al verme en estas condiciones. ¡Joder, Marta! ¿No estabas de despedida de soltera? ¿Qué *carallo* hacía tu novio allí?

—Era *mi* despedida de soltera, Julio, y Emilio se vino a tomar la última copa con su futura esposa cuando ya habíamos dado todo lo que hay que dar.

—Entiendo, discúlpame, Marta. Te felicito, es bueno saber que hay gente que avanza en la vida.

—Oye, Julio, siento mucho lo de Amalia, de verdad, pero ya sabes cuál era mi opinión sobre ella, su ascendiente sobre ti, su capacidad de llevaros a todos al abismo, a su abismo; su obsesión con el caso... Imputó a mi padre por nada durante meses, mi familia estuvo machacada y, aunque nunca le desearía la muerte a nadie, es lógico que su conciencia no la dejara vivir. A ver si ahora eres capaz de ser el de antes, Julio; el de antes de conocerla, el que yo conocí en Madrid y del que me enamoré como una quinceañera por su vitalidad y sus ganas de comerse el mundo.

El Julio que estaba ahora sobre su cama no era el Julio que Marta había conocido en Madrid. A sus cuarenta y dos años, conservaba la figura fibrosa y

alargada, el pelo castaño al estilo Nacho Vegas, el cantautor que le apasionaba, y su estilo cuidado pero desenfadado, salvo cuando trabajaba de cara al público, en los juzgados u otros despachos. Entonces, Julio no tenía inconveniente en encajarse un buen traje, sin estridencias pero bien cortado. En todo caso, pensaba Marta, su rostro ahora había envejecido diez años, con la frente rayada, las ojeras hundidas y la barba de dos días, con demasiadas canas. Sus ojos castaños carecían de brillo y su sonrisa languidecía, le faltaba motivación y empezaba a sobrarle curva en la espalda.

Marta le da un beso en la frente y lo deja meterse en la ropa que le ha lavado y secado a primera hora; no quiere que su ex se vaya envuelto en olor a borrachera, tabaco de liar, humedad y tristeza. Un Alka-Seltzer y un vaso de agua le esperan en la mesilla de noche. Se los toma y dice adiós a aquel dormitorio para siempre, ya está escuchando a Emilio llamar al telefonillo. «Vendrá a regodearse, el imbécil», piensa. Ese tipo y sus jerséis de colores, todos iguales, sobre los hombros son superior a sus fuerzas. «El niño pijo de la canción de Hombres G, *cuspidiño*», rumió Julio.

6

—¡No quiero hablar con nadie, Patricia! Y menos con periodistas, diles que me dejen en paz.

Recién llegado al despacho, al día siguiente de la muerte —«el suicidio»— de su amiga y de su borrachera descomunal con final infeliz en casa de su ex, Julio trata de concentrarse en los casos que tiene pendientes, aun más infelices que él. Su compañera y dueña del piso donde está instalado el bufete, Patricia, le avisa de cada llamada que recibe: prensa y más prensa que quiere conocer su opinión sobre el suicidio de Amalia.

—¡A la mierda! No es día hoy para tratar de razonar por qué diablos me dediqué al derecho penal y no al cultivo de margaritas —grita desesperado Julio mientras cierra el tomo de un sumario judicial de golpe.

Cuando está cogiendo el abrigo para ir a dar un paseo y tratar de despejarse, suena su móvil: «Sandra-O Pobo». También es periodista, pero sobre todo es amiga. Con sus eternos vaqueros, sus botas gastadas y sus chupas de cuero; con una larga melena rubia amarrada con un bolígrafo cuando llueve y los ojos casi negros resaltando en una piel muy blanca, Sandra es la imagen de la vitalidad y la rapidez de acción. El retrato en bajito de Épona, la diosa celta de los caballos, piensa siempre Julio cuando la ve, moviéndose deprisa con un cuerpo fino y ágil, la mirada despierta y la sonrisa despejada y franca.

El abogado siente que la llamada de Sandra es lo mejor que le puede pasar ahora, necesita hablar con

alguien que conozca bien el tema de Amalia y todavía no ha podido localizar a Xeno.

—Sandra...

—Julio, qué horror... No es posible lo de Amalia, no lo es: habíamos quedado para comer el viernes, en dos días. Estaba bien, incluso mejor que en mucho tiempo, animada, te lo juro, no son imaginaciones mías, es la verdad. Tú sabes que ella y yo no rompimos relaciones aunque nos distanciáramos un poco al principio; desde que llegó a Navia seguíamos hablando, me ayudaba con los temas y el coñazo jurídico. No puede ser, no...

Sandra se ahoga en llanto negando el suicidio de la jueza. Habla muy deprisa, atropellándose y entre hipidos de angustia. La relación de la periodista y su fuente en el juzgado de instrucción de Lugo había traspasado la línea de la cortesía y, al compartir investigaciones, cada una en su terreno, e información habían construido una amistad estrecha y respetuosa con las formas de trabajar de cada una. Algunas veces, y ante la falta de recursos de la Administración, habían hecho seguimientos, guardias... Todo, naturalmente, bajo la mirada atenta y la colaboración de un testigo de lujo que las acompañaba en sus investigaciones oficiosas para dar testimonio si era necesario. Xeno habría dado su vida por Amalia si esta se hubiera visto en peligro en alguna ocasión, tal era la lealtad que le profesaba y lo convencido que estaba —como el resto— de las ra-

zones de la jueza sobre la macrocorrupción del caso Lego.

A Xenó la vida no le había tratado muy bien. Su padre y su madre murieron en un accidente cuando tenía diez años, así que se crio con una tía suya en Sarria, que lo traía firme como una estaca. La tía, hermana de su madre, era viuda de un guardia civil y, con las historias que le debió de contar la mujer, Xenó se construyó una imagen del héroe que quería ser, aunque en los tiempos del tío de Xenó la Guardia Civil tenía mucha más autoridad, y no de la buena. Cuando estaba con las pruebas para ingresar en el Cuerpo, su tía se cayó del tractor y se desnucó. Murió en el acto y Xenó se sintió responsable del accidente: por culpa de sus aspiraciones, era su tía Josefa la que tenía que trabajar el campo. De nada sirvió que le insistieran en que la mujer llevaba diez años arando ella misma sus propiedades antes de que Xenó se fuera a vivir a su casa a la muerte de sus padres y estaba más fuerte que todos ellos juntos.

Era por todo esto que Xenó prefería estar solo. Salvo el tiempo que vivió con Clarita en Lugo, siempre había estado solo. Se acomodaba mal a la convivencia con las mujeres y prefería ser un picaflor y llevarse muy bien con todas sus amantes. Su trabajo fue siempre lo primero, y aunque es verdad que Amalia lo había marcado profundamente, nunca hablaba de ella en términos amorosos, solo de admiración a una mujer especial, que condensaba todos

los valores en los que él creía y a la que había que proteger por encima de todas las cosas. La jueza le restaba importancia, pero él creía realmente estar ante una *rara avis* de la justicia, alguien extraordinario como su tía, a quien no podía fallar. Aparte de que se divertía muchísimo con ella.

Cuando Sandra le dice a Julio que está cogiendo el coche para ir a Navia —«No me puedo quedar aquí, en Santiago, de brazos cruzados»— y comprobar con sus propios ojos que el suicido de Amalia es real, el abogado se ofrece a acompañarla, pero no en ese momento. Ni es bueno para la periodista conducir en ese estado de nervios ni él se ha recuperado de la noche anterior. «Ve a casa, Sandra, pídete mañana el día libre y nos vemos en Navia para comer. Allí intentamos hablar con Xeno, al que no he conseguido localizar aún, y obtener más detalles», le dice. Sandra accede a regañadientes y sorbiendo los mocos; desde que sus compañeros responsables del cierre del periódico impreso la llamaron de madrugada para comunicarle la muerte de Amalia no ha dormido y está reventada. Se verán mañana con la cabeza más fría en el lugar de los hechos.

7

Julio sale de su céntrica casa de Lugo el jueves muy temprano; no le ha dicho a Sandra que viajaría tan

pronto para hacer algunas cosas él solo antes de verla. No hace ni dos días de la muerte de Amalia, treinta y seis horas como mucho, y ya está camino de Navia otra vez. La lluvia aporrea el coche y su conciencia, que le repite que si no deja las cosas como estaban, volverá a meterse en problemas. La angustia que le provoca ese pensamiento casi le hace frenar y dar la vuelta, pero conoce bien el clima de Lugo, la opresión de sus días grises y de sus paisajes aplastantes según te adentras en la montaña, que inspiran, por un lado, los pensamientos más lúgubres y por otro, el arrojito de mandarlos al *carallo* y enfrentarse a todo.

«Me comprometí con Cosme a recoger los aparatos de Amalia cuando Tucho los revisara y él estuvo allí ayer, así que debo cumplir mi palabra», piensa. Nada más. Después comerá con Sandra, se consolarán mutuamente y preguntarán a Xeno qué le pasaba a su amiga, porque algo le tenía que pasar para tomar esa decisión tan drástica de acabar con todo. Sí, Julio se convence de que no hará nada más que eso porque no hay nada más que hacer.

A sesenta minutos por detrás del abogado, Sandra conduce desde Compostela bajo idéntico diluvio y la misma angustia. También ha pensado en ir antes para hablar con la farmacéutica sobre el ansiolítico (alprazolam, le dijo Julio) con el que se mató Amalia.

«Te vas a meter en problemas», piensa. La periodista es muy consciente de que el editor de *O Pobo* había sido muy generoso con ella al dejarla seguir en el diario después del naufragio de la causa Lego, cuando el periódico se convirtió en el principal apoyo de Amalia contra los corruptos gracias a las piezas informativas de Sandra. Aguantaron las presiones durante dos años, aunque al final *O Pobo* sucumbió a ellas cuando comenzaron los ataques contra la jueza lanzados desde el Consejo General del Poder Judicial, el órgano de gobierno de todos los jueces, nada menos, y que acabaron con su carrera. Sandra tenía tajantemente prohibido volver a mencionar la causa Lego por muchos cabos que quedaran sueltos; prohibido bajo amenaza de despido.

El diario se jugó las subvenciones institucionales y su prestigio, aunque le salvó el apoyo popular traducido en ventas y audiencia *online*. Pese a los muchos intentos de tumbar al equipo de *O Pobo* en los tribunales —cada día recibían una demanda de los protagonistas políticos de la corrupción—, la justicia fue dándoles la razón al aludir siempre a la veracidad de las fuentes y los documentos oficiales que las respaldaban. «En este país, en el que no existen las responsabilidades políticas, tendrían que haber dimitido todos y solo uno lo hizo porque desde Madrid se le obligó, menuda mierda de democracia», piensa Sandra, y golpea el volante espoleada por la frustración de un caso que, por las pruebas

contundentes e indecentes que ella publicó, parecía cantado a favor de la instrucción de Amalia, pero que a la única que se había llevado por delante había sido a ella.

8

La lluvia torrencial de Lugo es un *orballo* ligero en Pobra de Navia cuando Julio aparca frente al puesto de la Guardia Civil en la avenida de Os Ancares. Son cerca de las diez de la mañana, por culpa del diluvio ha tardado dos horas desde la capital. Cosme estaría allí desde las siete de la mañana, así que entra y pregunta a Manolo por él y por Xenó.

—El comandante está en su despacho, ahora mismo hablando por teléfono. En cuanto cuelgue, le aviso de que está usted aquí. Julio, ¿verdad? El abogado amigo de Amalia que nunca había venido por aquí... ¿Qué pasó? ¿No eran tan amigos?

Julio levanta las cejas, la verborrea e indiscreción de aquel cabo escuchumizado y de nariz prominente le han cogido por sorpresa.

—Nos veíamos en otro sitio, pero no creo que eso importe, agente. Le he preguntado por su compañero, Eugenio, Xenó. He intentado hablar con él por teléfono, pero salta el buzón o no contesta.

Manolo no da muestras de darse por aludido con el tono cortante de Julio y todo apunta a que va a se-

guir preguntando si no es porque el teléfono de su mesa empieza a sonar.

—Xeno se ha cogido tres días de baja, hoy es el último; no creo que esté en Navia. Tengo que atender el aparato, disculpe, abogado. Guardia Civil de Navia de Suarna, dígame. ¿Diga? ¿Diga...?

Julio aprovecha la llamada para salir de ese tercer grado al que quiere someterlo Manolo y se acerca a la puerta abierta del despacho del comandante, que justo cuelga el teléfono con una fuerza sorprendente.

—Disculpe a Manolo, Julio, le puede su oficio y, de vez en cuando, traspasa la línea roja que lo separa de la imprudencia.

—No se preocupe, comandante, es normal. —Julio juraría que el propio Cosme ha llamado a Manolo para que lo dejara en paz; el golpe al colgar lo delata, debía de ser una táctica habitual—. Quería saber si podría disponer ya del ordenador y del móvil, con el permiso de Tucho. ¿Cómo está?

—Mal, pero resignado. Llegó aquí como si acudiera al final de una etapa que ya conocía, que sabía que llegaría... Lo peor es Estherciña; es lo suficientemente mayor para que le cuenten que su madre ha muerto, pero lo del suicido... En fin, Tucho aún no sabe cómo abordará este punto. Le he dicho lo que nos sugieren a nosotros los psicólogos cuando tratamos con familiares de suicidas: que se asesore profesionalmente antes de trasladárselo a la niña. Estas cosas pueden dejar un trauma muy perjudicial de

por vida: los interrogantes, la culpa, el rechazo a la víctima... De todo, y nada bueno.

—Entiendo... La casa de Amalia aquí estaba alquilada, supongo.

—Sí, precisamente a la vecina que le cuidaba a Rinoceronte cuando no podía llevarlo con ella, la que la encontró muerta. Por eso tenía las llaves. Allí le he dejado el ordenador y el móvil de Amalia, junto a un montón de papeles que había por todas partes. No se ha tocado nada, así que le ruego que mire lo que quiera, pero que no se lleve nada de momento. Tucho me ha dejado una autorización por escrito para que eche usted un vistazo a lo que quiera, pero el expediente no estará cerrado hasta pasadas unas horas o días —la burocracia, ya sabe— y hay que dejar todo como está.

Cosme abre el primer cajón de su escritorio y coge unas llaves.

—Tome, es la tercera casa frente al puente, la roja.

Julio se cuida mucho de decirle que sabe cuál es la casa porque ha estado observando todo apoyado en el castaño llorón de la orilla del río Navia. Mete las llaves en el bolsillo y se despide de Cosme agradeciendo lo fácil que le ha puesto las cosas y pensando que quizás será la última vez que se vean. Al menos, es lo que pretende.

El camino hasta la casa de Amalia es corto pero resbaladizo, así que Julio pronto se arrepiente de no haberse llevado el coche; solo le faltaba hacerse un

esguince, piensa la tercera vez que resbala. Frente a la pequeña vivienda roja, se le encoge el corazón y de nuevo esa angustia provocada por la lluvia y el viento de la montaña le agarra las entrañas hasta la garganta. Llega a pensar en dar la vuelta, salir corriendo y no volver a Navia nunca más, pero le puede el instinto y entra. Vestíbulo y comedor se funden en una misma estancia abarrotada de papeles, sumarios (los de la causa Lego) y periódicos (los ejemplares de *O Pobo* con las noticias escritas por Sandra en portada). Julio tiene la sensación de estar en el comedor de la casa de Lugo que habitaba Amalia: los mismos muebles sin una mota de polvo, la misma distribución, el mismo desorden calculado, las mismas copas de vino usadas y perfectamente alineadas en la amplia mesa de comedor (la jueza las fregaba todas a la vez cuando no le quedaba ninguna limpia), los mismos libros en los estantes...

El ordenador portátil preside la mesa abarrotada, está cerrado y apagado. Al lado, el teléfono móvil. Es el mismo que tenía cuando la conoció. Julio sale corriendo de la vivienda y vomita en el camino asfaltado los dos cafés que ha tomado en su casa de Lugo, antes de salir, como todo desayuno, se sienta en el suelo empapado y llora como un niño todo lo que no ha llorado, con la cabeza entre las piernas y echando de menos a Amalia como nunca habría creído que podría hacerlo. Cuando el llanto desesperado va remitiendo en lágrimas silenciosas que le

resbalan por la cara sin afeitarse, Julio se levanta y vuelve a entrar en la casa, dispuesto a encontrar aquello que ha conducido a su amiga a la muerte, empuñando Amalia la guadaña o manejándola otros. Como en sus mejores tiempos de abogado, Julio se dice en voz alta que nada es descartable.